



**TESTAMENTO
DE
UN AFILADOR**

de

Marcos Malavia

*124,bis Av. Henri Ravera
92220 Bagneux
France*

NOTA

Los derechos de representación del presente texto quedan libres de derechos de autor para todo montaje que se realice en los siguientes países de América Latina: Bolivia, Perú, Chile, Ecuador, Uruguay, Venezuela y Argentina.

Previa autorización del autor, que será otorgada sobre la base de un dossier de producción a enviar al mismo autor al correo electrónico: m.malavia@orange.fr

Par el resto de los países la demanda de representación debe realizarse a la Sociedad de Autores Dramáticos de Francia. SACD- Paris

Deposito legal N° 2002-04-04 SACD Paris
Numero de Afiliado 284446

TESTAMENTO DE UN AFILADOR

De Marcos Malavia

Fue creada en su versión española
En Marzo del 2001 en Madrid-España
En el Festival de Teatro Alternativo
y en Octubre del 2001 en La Paz-Bolivia
Teatro Municipal

En la versión en francesa
En Agosto del 2001 en l'Isle sur la Sorgue - Francia
En el Festival Auteurs en Acte

Dirección : Marcos Malavia
Iluminación y escenografía : Erick Priano

Interpretado por

En la versión española

Marta Monzón: Marta
David Mondacca: José

En la versión francesa

Muriel Roland : Marta
Marcos Malavia: José

TESTAMENTO DE UN AFILADOR

PERSONAJES

JOSÉ

MARTA

EL NIÑO

El personaje de Marta lleva un vestido blanco y deberá aparecer en la escena como el fantasma de Marta su interpretación debe tener una cierta apariencia normal, como si elle estuviera viva. Por momentos puede pasearse entorno a José o bien encontrarse en un punto determinado del escenario detrás de un biombo del cual emerge.

Por su parte José deberá interactuar solamente con la cabeza de Marta (*maniquí*), que se encuentra en una bandeja, de tal manera que José en ningún momento tiene una relación directa con la actriz que se presenta en cuerpo entero.

En cuanto al personaje de el Niño este deberá ser interpretado en voz y en ningún momento deberá verse al niño físicamente, quizás se puede ver reflejada en el muro del fondo la sombra del niño.

En el centro del escenario se encuentra José, sentado detrás de una rueda para afilar cuchillos. Una vieja maleta, un saco de tela, algunas cajas de cartón, una radio y varios cuchillos están al lado de él, amontonados. A su izquierda sobre un gran cajón de madera, un cubo negro de 50 x 50 cm. Es un día de sol radiante, la mañana de un sábado.

José escucha una canción que emite la radio, un cuchillo en la mano.

Memoria, memoria
el niño llora;
llora la ausencia
Rueda la pena

Memoria, memoria
pasión que llora
cristales de piedra
que caen y caen

Oh luna pálida
corazón de niño,
Rayo que no cesa,
memoria, memoria

Ay dolor, dolor.
tristeza inclemente,
ella ya no está
Llora niño, llora.

José súbitamente apaga la radio. José se pone a afilar su cuchillo. José para de afilar su cuchillo. Observa su cuchillo luego mira hacia el frente. Vuelve a ponerse a afilar su cuchillo, después de un momento se para de afilar nuevamente, mira hacia arriba con miedo. Se queda un momento a mirar el cielo.

*Se escuchan tres golpecitos sordos.
José mira el cubo negro un momento.
Tres otros golpecitos secos.*

José saca su pañuelo y se frota la frente, mira entorno suyo. Toma un periódico que está en suelo y lo tira en medio de viejos cartones y revistas. Luego examina su puesto de trabajo, con inquietud.

Otros tres golpecitos, que se escuchan, esta vez son más fuertes.

MARTA: (Off) ¡Vas a levantar esta caja de mierda! Si o no... O quieres que además me rompa la frente...

José se limpia las manos con su pañuelo y va hacia el cubo negro.

MARTA: (Off) Dale que ya no puedo más con esta obscuridad.

José levanta el cubo y lo pone en el suelo. Se ve la cabeza de Marta que reposa en un plato, apoyada sobre la parte baja de su cuello. Al mismo tiempo del fondo surge la Marta en cuerpo entero que se dirige hacia José.

MARTA: ¡Te has vuelto sordo!

JOSÉ: No, no estaba seguro.

MARTA: Quién más quieres que sea. Qué te pasa, has tomado...

JOSÉ: ¿Por qué dijiste "además"?

MARTA: Yo que sé por qué... Déjame sentir tu aliento...

JOSÉ: Para qué, si no tome nada...

MARTA: Déjame sentir te digo.

José se agacha y sopla en dirección del rostro de Marta.

MARTA: Es una cloaca, aunque no hayas tomado nada hiede.

José se limpia la boca con su pañuelo.

MARTA: Es un asco deberías hacer algo.

JOSÉ: No comí nada.

MARTA: Y eso... ¿Perdiste el apetito?

JOSÉ: No simplemente que no se me dio por comer, es todo.

MARTA: Es lo que digo, perdiste el apetito. Tienes que alimentarte, yo no puedo hacerlo por ti... José, ya no eres un niño, por qué tengo que decirte todo el tiempo lo que tienes y debes hacer, no tienes instinto de supervivencia, o bien quieres matarte.

JOSÉ: Claro que no.

MARTA: ¡Entonces qué! ¿Esperas alimentarte de que? Ya comienzo a estar harta de tus huevadas.

JOSÉ: Estás de mal humor... ¿Quieres un poco de té?

MARTA: Solo una gota para humedecer mis labios.

José saca un viejo termo de una caja y sirve un poco de té en un pequeño vaso.

MARTA: Te compraste otro termo?

JOSÉ: No.

MARTA: Me estás tomando el pelo o qué... El otro era rojo, este es verde...

JOSÉ: Ya sé que es verde. Antes era rojo, me dijiste que no soportabas más el color rojo, que te recordaba algo, que preferías que fuera verde. Es por eso que ahora es verde...

MARTA: ¡Ah lo pintaste!

JOSÉ: Te gusta ahora...

MARTA: El rojo me gustaba también, no sé de dónde sacaste, que no podía soportarlo. A veces inventas cosas y me las metes en la boca.

JOSÉ: Te digo que fue así. Lo repetiste no sé cuántas veces... El rojo tenía una relación con alguien, o con algún momento que no querías recordar más.

MARTA: Entiendes todo al revés. No sé debemos hablar idiomas diferentes, no era sólo el rojo, era otra cosa seguramente y tu lo interpretas a tu manera.

JOSÉ: Entonces no te gusta que sea verde.

MARTA: Me da igual, me importa un pito que sea rojo o verde lo que me revienta es

que tú no comprendas precisamente lo que quería decirte, al respecto de mi deseo de olvido.

JOSÉ: Precisamente es por eso que lo pinte verde, para que olvidáramos todo.

MARTA: Cómo puedes decir eso José, no te das cuenta de lo que dices, cómo quieres olvidar todo... Dónde iríamos a parar...

JOSÉ: Lo pintaré de nuevo rojo...

MARTA: Para qué... Déjalo así !

José aproxima a la boca de Marta el vaso con té. Marta lo prueba.

MARTA: A la vainilla... Justo para ponerme de buen humor. Dame un poco más...

José aproxima nuevamente el vaso a los labios de Marta.

MARTA: *(Con entusiasmo)* Vamos a ver... Qué temperatura hace. Déjame adivinar, yo diría entre los veinticinco y veintisiete grados...

JOSÉ: Veintidós.

MARTA: No seas agua fiestas. Vamos a decir veintiséis, la temperatura ideal, para tomar el sol sin ningún riesgo. *(Mirando a lo lejos)* Despedazan y rompen la amargura, así son los días cálidos, repletos de su serenidad. En un eclipse celestial, mientras dibujas el contorno de las nubes, que se deslizan en la pantalla azul. Dejar que las brutas heridas cicatricen. *(Mira hacia arriba)* ¡Las diez! Deben ser la diez de la mañana...

JOSÉ: Seguramente.

MARTA: Dios santo, si mi madre supiera que abro los ojos a la diez de la mañana, diría que soy una vaga, lo que en realidad significa una puta. ¿Qué te ha dado por despertarme tan tarde? Yo siempre fui de la mañana.

JOSÉ: Así es mejor.

MARTA: Quieres decir que puedes pasar un momento contigo mismo, para meditar.

JOSÉ: Quizás.

MARTA: Me pregunto en qué puede meditar alguien como tú, hablo de todo el resto.

JOSÉ: ¿A qué te refieres?

MARTA: A lo que te queda... No es mucho.

JOSÉ: Me basta y me sobra...

MARTA: No seas pretencioso.

JOSÉ: Te digo que no tengo de qué quejarme.

MARTA: ¿Bueno si tú lo dices, debe ser así, en todo caso en qué piensas ?

JOSÉ: No sé... En nada...

MARTA: No quieres decírmelo... Ahora puedes contármelo todo, sabes. Todo.

JOSÉ: Por qué crees que tengo la necesidad de meditar en algo.

MARTA: Fuiste tu él que lo dijo. Yo sólo tengo una pequeña curiosidad de saber en qué puede pensar alguien como tú...

JOSÉ: En nada, no pienso en nada...!

MARTA: Bueno no importa, no te pongas de malas pulgas. Ya me lo dirás mas tarde.

José va afilar un cuchillo.

MARTA: Has tenido clientes?

JOSÉ: No.

MARTA: Ya te dije por esta esquina solamente los artilleros pasan, es una esquina maldita, ha debido haber varios crímenes por aquí. Para que sea tan fría y que nadie se le acerque. Sabes que los muros tienen memoria...

JOSÉ: No digas pavadas Marta, cómo quieres que los muros tengan memoria.

MARTA: Te digo que sí, son como los libros que retiene los olores y los

acontecimientos, sobre todo el olor de la sangre, se queda impregnado, por años y años... Te aseguro que aquí hubieron degollados, ahorcados, debe ser de la época de las revoluciones. A Villaruel lo lincharon, no muy lejos de aquí...

JOSÉ: Fue hace mucho tiempo...

MARTA: Justamente, razón de más para que se quede en la piedra... Si al menos me escucharas una vez, deberías haberte puesto en medio de la avenida Buenos Aires, allí si que te iría bien...

JOSÉ: Te digo que aquí estoy bien

MARTA: Tienes demasiados escrúpulos para ser comerciante José, la primera regla de un afilador de cuchillos es de no tener ningún sentimiento de culpabilidad, sabes... Qué rollo, si los otros necesitan afilar sus cuchillos no es culpa tuya, es asunto de ellos, para qué te vas a meter tú, déjalos con sus propios remordimientos en las tripas, tú tranquilo, solo te pidieron de ser un afilador eficaz...

José con indiferencia levanta los hombros y sacude la cabeza.

MARTA: La ambición... Tienes que tener más ambición, eso no enferma a nadie, sabes a nadie... *(con energía)* José píntame la boca quiero estar linda.

José para de afilar y va con saquito de maquillaje y se pone a maquillar la cabeza.

MARTA: Los Chinos achicaban los pies de sus mujeres para que no se pierdan en espuma incandescente del atardecer, lo sabías.

JOSÉ: No.

MARTA: Una vez vi una foto de una de esas mujeres, no eran pies lo que tenían, eran unos muñoncitos que entraban en una zapatilla de niña... Era impresionante.

José termina de maquillar grotescamente la cabeza.

JOSÉ: ¡Listo !

MARTA: Gracias mi amor.

JOSÉ: No me digas mi amor.

MARTA: ¿Por qué ya no me quieres ?

JOSÉ: Te digo que no me llames así.

MARTA: Yo te quiero todavía.

JOSÉ: Estas mintiendo.

José habrá el termo y toma un poco de te.

MARTA: José sácame una foto.

JOSÉ: Para que.

MARTA: Como para que, para verme...

JOSÉ: No tengo maquina fotográfica.

MARTA: Somos unos pobres miserables José, ni si quiera tenemos una maquina fotográfica, es el índice mas bajo de la supervivencia. Como quieres acordarte, recordar si no tienes una maquina fotográfica. Te das cuenta José donde hemos ido a caer, ni siquiera eso. Si mi madre me viera, me diría que ella tenia razón, que lo adivino desde el primer día que te vio. Con ese tipo vas a terminar en la calle mostrando tus tetas.

Marta se queda triste y pensativa. José la observa un momento y luego se acerca así ella.

JOSÉ: Tengo algunos pesos guardados, si quieres te compro una maquina fotográfica.

MARTA: *(con entusiasmo)* ¿Entonces todavía no hemos tocado el fondo?

JOSÉ: Te digo que tengo algunos pesos, no es mucho pero para la maquina sera suficiente.

MARTA: Mejor guárdalos para los pastelillos de coco, las fotos de todas maneras terminaran en el basurero.

JOSÉ: Como quieras.

MARTA: Los pastelillos de coco, rellenos de crema chantilly, no los has olvidado, los mirabas desde la puerta de la pastelería, te gustaban tanto que habrías echo

cualquier cosa hasta, el crimen mas horrendo para poder tener unos cuantos, te prometiste que cuando serías grande, un día tendrías un camión lleno de pasteles de coco. ¿Te acuerdas?

JOSÉ: Claro que me acuerdo.

MARTA: Y ahora que eres grande, que arias con un camión lleno de bolitas blancas de coco, te mandarías una indigestión de la gran flauta.

JOSÉ: Era niño, uno no sabe calcular tan fríamente cuando es niño.

MARTA: ¿Y los hacen todavía esos pastelitos?

JOSÉ: Supongo que si... Por que dejarían de hacerlos, hay otros niños.

MARTA: Deberías probarlos para saber si tienen el mismo gusto.

JOSÉ: Estoy seguro que no. Ya no tienen el mismo gusto.

José se queda silencioso como ausente.

MARTA: No te me vayas a poner triste José, la ultima vez te duro tanto tiempo que creí que ibas a terminar haciéndote volar los sesos, prefiero cualquier cosa menos tu tristeza como el agua del invierno terca y muda...

JOSÉ: Por que quieres que este triste no hay de que...

José se pone a afilar un cuchillo. Marta mueve la cabeza tratando de verlo.

MARTA: No me dijiste que no tuviste clientes?

JOSÉ: Es la pura verdad

MARTA: Y ese ajetreo qué es...

JOSÉ: Nada, tengo que terminar un trabajo.

MARTA: ¡Qué te pasa, has perdido el hilo o me estás tomando el pelo!

JOSÉ: ¡No me jodas! ¡Que si no te meto el cajón!

José con rabia amenaza Marta con el cajón

MARTA: ¡No por favor...! Me da miedo allá todo es oscuro, mi lengua tiene un gusto de espada, tengo la sensación de estar condenada a soñar, los sueños que trato de olvidar... José te lo ruego, no hagas eso...

José deja en el suelo el cajón. Los dos se quedan silenciosos.

MARTA: ¿Que día somos...?

JOSÉ: *(Levanta los hombros)* Domingo, Viernes... ¡Yo qué se!

MARTA: Debe ser un día de luna llena... ¿No crees?

JOSÉ: ¿No sé, por qué?

MARTA: No paramos de tirarnos de los pelos, desde que me desperté...

JOSÉ: ¿Y qué tiene que ver la luna ?

MARTA: Ya sabes, todo el mundo lo sabe, la luna tiene una gran influencia sobre la naturaleza, puede provocar un huracán que arrastra todo con él.

JOSÉ: Un huracán... Nunca he visto uno.

MARTA: Parece que es impresionante, puede llevarse con él, restos de playas moribundas. Mi abuela vio uno, en el centro se quedó a escuchar el silbido ensordecedor... Un molino de remordimiento, que gira y gira... Los días de luna llena despiertan, de las tiniebla viejas reliquias, que pueden armar una tormenta de cielo. Hasta el mar se levanta, la marea se eleva de manera espeluznante.

JOSÉ: Cómo puedes estar segura de todo eso, no conoces el mar.

MARTA: Y tú lo conoces?

JOSÉ: Claro que no, qué pregunta, aquí no hay mar.

MARTA: Es por eso que todo es tan miserable aquí.

JOSÉ: Hay cosas bonitas también.

MARTA: Que gracioso, "cosas bonitas"...

JOSÉ: Me refiero a que hay que saber olvidar Marta.

José se pone a afilar su cuchillo. Marta mira con curiosidad al frente suyo.

MARTA: Qué extraño, había un monumento allí en el centro de la plaza, el monumento de Murillo, estaba justo entre los dos arbolitos al lado del kiosco... Ya no lo veo.

JOSÉ: *(Mira en dirección del lugar que mira Marta)* Lo sacaron.

MARTA: ¡Lo sacaron! Cómo, no me di cuenta. ¿Cuándo?

JOSÉ: El otro día cuando me pediste de dejarte en tu caja, porque estabas deprimida o no sé que. Vinieron con una grúa y lo sacaron.

MARTA: ¿Y por qué?

JOSÉ: Era falso.

MARTA: ¡Qué pelotudos! Y no se dieron cuenta antes. Cuántos desfiles y paradas militares hicieron delante de ese monigote, de cobre fundido, y no sabían que no era auténtico. Sólo las palomas se atrevían a faltarle el respeto, decorando su cabeza de pelos grises y blancos... ¿Y cómo sucedió?

JOSÉ: Descubrieron que era un torero robado de la plaza Real y no Pedro Domingo Murillo.

MARTA: Qué gracioso, yo siempre dije que tenía más pinta de bailarín que de benemérito de la independencia... ¿Y quién fue que descubrió la impostura ?

JOSÉ: Un estudiante universitario que decidió, de hacer una tesis sobre la fundación de esta plaza, parece que es la parte más antigua de la ciudad, al cabo de dos años de trabajo de rata de biblioteca y de consultar los archivos llegó a encontrar un documento que el ejército nunca quiso divulgar. La confección del escultor, la plata que el gobierno de esa época le dio para fabricar la esfinge de Murillo, se la tomó hasta caer al suelo, con espasmos etílicos, junto con una tropa de amigos. Al cabo de quince días de borrachera, no le quedaba ni un peso, entonces se fue con los tunantes que le acompañaron en sus borracheras y se robaron el torero, le sacaron la capa a cincelazos y en lugar de la capa le pusieron una vieja espada, robada también y lo

instalaron allí. Nadie le dijo nada, porque nadie conocía al difunto Murillo, al contrario todo el mundo admiró su silueta atlética y heroica, bien representativa de la independencia conquistada. Y ahí se quedó, como símbolo de los mártires fundadores de la república... Me cago!

MARTA: Ah! Que fascinante es la vida. Si no fuera por ese muchacho, seguirían esos boludos dándole vueltas, rindiéndole los homenajes militares, que los acontecimientos exigen...

Marta mueve la cabeza tratando de ver a José.

MARTA: Oye, es verdad todo lo que dices, no lo estás inventando...

JOSÉ: Es la pura verdad salió en los periódicos.

MARTA: Muéstrame el periódico, en el que cuentan toda esta historia.

JOSÉ: Lo boté.

MARTA: ¡Lo botaste!

JOSÉ: Claro, qué quieres que yo haga con él...

MARTA: Guardarlo para mí, me hubiera gustado saber más detalles del acontecimiento..

JOSÉ: Ya te dije todo, no decían nada más.

MARTA: Dime, porque compraste el periódico, tu nunca te has interesado por ese tipo de lectura.

JOSÉ: Quería saber, enterarme de algo...

MARTA: Ah!!! Ya sé. Querías saber si encontraron otros pedacitos que dejaste enterrados por aquí y por allá...

José se pone a afilar su cuchillo.

MARTA: ¿Y...? ¿Encontraron algo más?

JOSÉ: Una pierna.

MARTA: ¡Entera!

JOSÉ: Claro que no. Solo el muslo.

MARTA: ¿Es todo?

JOSÉ: No también encontraron tu brazo derecho, sin la mano evidentemente.

MARTA: ¿Tienes miedo?

JOSÉ: No por qué debería tener miedo...

MARTA: No sé, van a terminar por armar el bonito rompecabezas que les dejaste, solo les falta, los tobillos, mis tetas y mis manos. Por los tobillos creo que puedes estar tranquilo, en el estado que los dejaste, supongo que los echaste al inodoro...

JOSÉ: (*Exasperado*) No. En el inodoro, no...

MARTA: ¿Entonces qué, te los comiste?

JOSÉ: ¡Marta por favor...!

MARTA: No sé trato de imaginarme lo que pudiste hacer con ese montón de puré coagulado...

JOSÉ: ¡Y a ti que te importa, lo que hice!

MARTA: ¡Son mis tobillos! Tengo todo el derecho de saber lo que hiciste con ellos.

JOSÉ: ¡No me acuerdo, los metí seguramente en un saco de plástico y los boté por ahí...!

MARTA: ¿Dónde?

JOSÉ: Te digo que no me acuerdo, si se me viene a la cabeza te lo diré.

MARTA: ¡José dame vuelta la cabeza!

JOSÉ: ¡¿Qué?!

MARTA: Que me des vuelta la cabeza, quiero ver del otro lado.

JOSÉ: Para qué.

MARTA: José dame vuelta la cabeza y deja de preguntar huevadas.

José da vuelta la cabeza de Marta hacia su derecha.

MARTA: No, del otro lado.

José da vuelta la cabeza en dirección de su puesto de trabajo.

MARTA: ¡Qué triste es todo eso! Estaba segura.

JOSÉ: ¿De qué?

MARTA: No pusiste el cartelito "Aquí se afilan cuchillos"

JOSÉ: Se me olvidó.

MARTA: Se te olvidó... ¿Cómo quieres que la gente se te acerque? Es tan triste. No hay nada que los anime a venir y darte pega. No te das cuenta José qué triste es ese paisaje. Con un cartelito de color rosado, ya estarías con pega hasta el cuello...

JOSÉ: Y para qué tener pega hasta el cuello. Así esta bien.

MARTA: Quieres morirte de hambruna, eso es! Y has pensado en mí, que va ser de mi, iré a parar a un bocal a la morgue. A esperar que terminen de encontrar todos los pedacitos que enterraste como una bestia rabiosa...

JOSÉ: Cállate.

MARTA: Estas vegetando, José. Tienes la cara verde, es por eso que no soportaba más el verde. Era a causa de tu geta, se volvió verde, apenas si podía verlo... La vida te arrastra, como un pañuelo anudado y ciego en un molino de viento...

JOSÉ: ¡Cállate!

MARTA: El árbol tiene miedo de alejarse del cielo, es por eso que levanta su cabeza en un canto... Todo lo hiciste como una bestia, hasta el amor, es eso lo que me gustaba de ti, te agitabas y mordías de una manera grotesca, como si fuera el último

gesto de la carne, al mismo tiempo que tus manos temblaban...

JOSÉ: ¡Calla Marta!

MARTA: Lo más impresionante fue, cuando trataste de cortar mis tobillos, tu cuchillo ya estaba cansado y tus manos ensangrentadas resbalaban, ya no podías sostener el mango. Te empecinaste tanto, que al final terminaste el trabajo a punta de martillazos. Los hiciste añicos mis tobillos, era un puré rojizo que se derramaba en el suelo. En medio de ese mar rojo que desbordaba de la tina. Los otros pedazos de mi cuerpo grotesco e inmóvil continuaban sus pequeñas convulsiones derramando las últimas gotas de sangre. Había sangre por todas partes, sobre los muros, sobre las puertas, en las hendiduras del machimbre, en los azulejos floreados, en las ventanas y cortinas, en el techo, sobre la cajita de mis joyas. Escurría la sangre, de las esponjas, de la bata de baño, del empapelado de las paredes, de los cuadros y tarjetas postales, de los frascos de perfume...

José con violencia mete la caja negra sobre la cabeza de Marta.

Marta se calla. José saca su pañuelo se limpia el sudor de su rostro, se queda un tiempo al lado de la caja. Luego se dirige a su puesto de trabajo.

MARTA: Todo es mi culpa... No me dejes aquí José, no me dejes en medio de esta oscuridad, aquí solo están las páginas muertas del día, me da miedo... Te juro que...

JOSÉ: No jures Marta.

MARTA: Y por qué no.

JOSÉ: El pecado comienza por la boca Marta. No entiendes son las palabras que acecinan Marta. Todo comenzó allí, en medio de las inocentes e inofensivas palabras que dejamos escapar de nuestros labios... Uno se pasa el tiempo, diciendo tonterías, creyendo que todo va a seguir como antes. Pero te fijas Marta, no es cierto, tarde o temprano las palabras resuenan en nuestro cerebro, amplificadas por el tiempo, entonces lo inevitable llega y tu estás ahí al medio de todo ese despelote, tratando de entender cómo sucedió y cuándo comenzó, sin que te hubieras percatado del primer grito o de la primera señal.

Los médicos por ejemplo Marta, juran que van a sanarte, son unos charlatanes, todos los médicos son una punta de mata vivos. Hienas que vienen a yugular la carne muerta Marta, enterradores de la humanidad. Si tienes un dolor en el brazo, que en medio de la noche te despierta bañado en sudor, te dicen con pretensión y elegancia que se trata de una simple gripe infecciosa, tres días más tarde es una embolia del

corazón que te lleva al hueco. Y sin embargo te lo juro por su madre que no era nada grave, que los antibióticos harían milagros. Pavadas! Al cabo de noches de dolor una piedrecita endurecida, le llego al corazón, arrancándole un grito feroz de muerte. Así sucedió Marta aunque no me creas, fue así que mi padre se fue, una gripe infecciosa que se complicó, se complicó tanto que el médico dijo a mi Madre que nadie podía haberse imaginado que una cosa parecida podía suceder, que era un caso raro, como si todos los casos no fueran raros. Qué querías que mi Madre le respondiera, le agradeció y le pagó en cuotas módicas, hasta vender el último trapo que nos servía de cortina... Son unos hijos de puta los médicos Marta...

MARTA: No todos.

JOSÉ: Todos, yo se lo que digo, es la pura verdad, todos los médicos son unos cabrones, que esperan solamente que tú te mueras para aprovecharse de tí y de lo que dejas. He pensado seriamente en la posibilidad, que no es muy alejada de la realidad, que esos pendejos hacen parte de una logia secreta, donde deciden todo, hasta de la manera en la cual copulamos, tú no lo puedes saber, pero tienen el poder de la vida Marta, en la mesa de operación pueden decidir sin el menor remordimiento que tú no eres digno de continuar jodiendo a la sociedad, entonces chau...! Para de contar... Ya te hablé de Gustavo...

MARTA: No me acuerdo muy bien... Hace calor!

JOSÉ: Claro que te hablé de el Gustavo, vivía al frente de mi casa entre la panadera y la casa guinda de la esquina de la calle Sucre, siempre se paseaba con un gorro de lana de colores, que no le iba para nada bien... Un día me contó una historia que la leyó o que le sucedió no me acuerdo, pero no tiene importancia. El hecho es que una noche decidió seguir un medicucho. El tipo en cuestión vivía del otro lado en la calle La Plata. De su ventana Gustavo podía verlo salir y entrar a su casa, al cabo de un tiempo de observación Gustavo se dió cuenta que el médico tenía la costumbre de salir de su casa todos los primeros viernes del mes y solo volvía al amanecer. Una noche lo siguió, por las calles oscuras, al cabo de un buen momento de caminata, sigiloso y precavido el médico entró en un edificio, Gustavo lo siguió, en el sótano del edificio había un túnel, que a medida, que Gustavo avanzaba se agrandaba cada vez más, hasta que Gustavo llegó a una gruta inmensa, iluminada por antorchas, allí estaban como cuervos sedientos todos los médicos...

MARTA: ¡José tengo calor!

JOSÉ: El pobre Gustavo no llegó mas lejos, cayó de bruces en medio de la logia de mata-vivos...

MARTA: ¡José!

JOSÉ: Lo transportaron a un hospital de donde no se levantó más... Una hemiplejía con complicaciones cancerígenas, y otras cuantas pavadas de ese tipo, que terminaron de minar su cerebro hasta hacer de él una lechuga, que terminó por extinguirse...

MARTA: *(fuerte)* ¡José!!

JOSÉ: ¡Qué pasa!

MARTA: ¡Sácame esta caja...!

JOSÉ: ¿Qué opinión tienes de la historia de Gustavo?

MARTA: ¡Nada, qué quieres que te diga. Por favor José, ya no puedo más... Ya no aguanto más...!!

José retira la caja. Marta respira profundamente.

MARTA: Me pregunto una cosa.

JOSÉ: Qué.

MARTA: Por qué los médicos no hicieron experiencias con Gustavo. Podían haberlo cortado en pedacitos, como saben hacerlo, con un cuchillito fino tan filoso como una hoja de afeitar, sabes es pequeñito...

JOSÉ: Se llama escalpelo.

MARTA: No me digas lo sabías, por qué no te procuraste un escalpelo, en vez de empecinarte con tu cuchillo sin filo...

JOSÉ: Tú crees que se encuentra eso, en cualquier parte, los tiene bien guardados, en alguna parte.

MARTA: ¿Dónde, en una caja fuerte?

JOSÉ: Yo qué sé... En alguna parte, en un rincón oscuro dentro de una cajita púrpura. Anda a saber, hay que ser médico para utilizar esos instrumentos...

José queda silencioso. Marta lo mira con rabia.

JOSÉ: Crees que digo pavadas... Pero es la pura verdad, hay una logia que guía nuestros actos, son capaces de empujarnos a cometer las locuras más grandes...

MARTA: Dame vuelta la cabeza, este paisaje vano y atormentado, me va a matar.

JOSÉ: *(Toma Marta por las orejas)* Para dónde quieres.

MARTA: Al frente, es allí donde más me gusta.

José orienta la cabeza de Marta.

MARTA: Dime... ¿Y dónde encontraron el brazo y la pierna?

JOSÉ: En el canal

MARTA: ¿Cómo fueron a parar allí?

JOSÉ: Cómo quieres que yo sepa.

MARTA: ¿No te has preguntado, cómo llegaron al canal?

JOSÉ: Y para qué, ya los encontraron y listo.

MARTA: ¿Que extraño. Estás seguro que los enterraste?

JOSÉ: Claro que sí, los enterré. Enterré todo... Los enterré profundamente, lo mejor que pude, cavé el suelo húmedo con mis manos, llegué hasta donde las fuerzas me daban, hice lo que pude para cavar, era de noche... Estaba cansado.

MARTA: Son los perros... No hay otra explicación, son capaces de sentir la carne que se esconde, hasta en el hoyo mas profundo...

José se queda silencioso y pensativo.

MARTA: Qué piensas...

JOSÉ: Todos los pedacitos están llegando al canal.

MARTA: Ya te digo son los perros... En la noche los escucho aullar y escavar la tierra.

JOSÉ: Yo también los escucho. Pero por qué no se comen la carne, son perros hambrientos, deberían devorar los pedazos que encuentran.

MARTA: No les gusta el sabor de mi carne. Deben de sospechar algo... Tienes que máталos, tienes que matar todos esos perros...

JOSÉ: Estás loca ! Has visto cuántos hay, por centenas salen, cuando la noche cae, en medio de la penumbra salen por centenas, las calles están repletas de perros hambrientos, primero me matan antes de que yo intente de aniquilar uno de ellos... No necesitan ni ladrar saben que el miedo rodea, el miedo con respiración de lobo. De polo a polo en la ciudad, se desliza por las calles desérticas. En un murmullo de sombras sus patas se deslizan sobre el asfalto viejo, uno al lado del otro, sus cuerpos compactos se confunden con la oscuridad de la noche, en ola enardecida, navegan por las calles, llenándolas de tope a tope, de muro a muro. A veces se detienen en los parques, para mear en las esquinas de los bancos, bajo los árboles, marcando cada vez mas lejos su territorio, es un río tibio de orín de perro que llena las canaletas del alcantarillado subterráneo.

Marta aunque no me creas, ya no puede uno más salir en la noche, los perros no te dejan, el olor de la transpiración de los perros, de ese millar de perros que llena las avenidas, las plazas, los puentes, las escaleras de los edificios, no te dejan salir. En la noche se siente más la muerte que la vida, los perros en cadencia lenta andan sobre difuntos. De tiempo en tiempo, se paran y levantan sus hocicos husmeando, como diciendo pobre del que se encuentre por aquí... Y tú me pides que los mate. ¡Marta, me pides que los mate!

MARTA: ¿Tienen uniformes?

JOSÉ: ¿Quién?

MARTA: Los perros.

JOSÉ: Por qué quieres que tengan uniformes. Son perros no necesitan. Por qué preguntas cosas tan estúpidas. Te hablo de perros, negros, cafés, blancos... Perros Marta, babeando la rabia...

MARTA: Es por eso que en la noche tengo esa angustia de penumbra hueca... No me dejes nunca sola José.

JOSÉ: Por qué piensas que te dejaré sola, no puedo.

MARTA: Ya sé, pero te lo digo por si acaso, se te ocurra dejarme dormida en un rincón olvidado... ¿Serías capaz José ?

JOSÉ: ¿Capaz de qué ?

MARTA: De dejarme. De abandonarme, como un viejo objeto pálido que se bota en el basural.

JOSÉ: Qué idea Marta, quién habla de dejarte en un basural.

MARTA: Quien sabe. Pienso, me pregunto, que quizás al final de cuentas, ya estás harto de mí, de mi voz. Que ya no puedes soportarme más y decides suprimirme, deshacerte de mi. Sabes aunque eso me da miedo, puedo comprenderlo, puedo entender que te hayas cansado de mí...

Marta cierra los ojos, suspira profundamente. José acaricia los cabellos de Marta.

MARTA: Hazme una trenza, una trenza bien larga.

JOSÉ: No puedo. Tus cabellos son cortos. No dan para hacer una trenza larga.

MARTA: Me gustara tener una trenza larga, tan larga que cuando la desates, como alas inexpertas, tú puedas echarte sobre ellas y dormir sobre mis cabellos, bajo un cielo nuevo... ¿Te gustaría dormir, acostado en un colchón de cabellos, un jardín, justo en el ocaso...?

JOSÉ: No sé nunca lo pensé. Creo que sí... Si me gustaría.

MARTA: Claro te gustaría, a condición de humedecerlos en un perfume de amapolas... ¡Ah las amapolas...!

JOSÉ: Ya sabes que no me gustan los perfumes.

MARTA: El de amapolas te gustaría, es de una fragancia deslumbrante y delicada. Es por eso que tiene un lindo nombre, si no, no seria así, les hubiesen puesto otro nombre, como clavel por ejemplo, solo su nombre ya es empalagoso. ¿No crees ?

JOSÉ: Si es cierto, tienes razón... Amapola.

MARTA: Si no puedes hacerme una trenza, búscame una amapola... Quiero sentir su perfume.

JOSÉ: No puedo, amapolas no hay por aquí.

MARTA: No quiero que me dejes José, no quiero que me abandones...

Marta sierra los ojos y llora.

JOSÉ: No llores Marta no me gusta verte llorar. yo te quiero, como puedes imaginarte que podría dejarte así en cualquier lugar, menos en basural. Todo lo echo por ti... Mi amor quieres que baile para ti? Siempre te gusto que bailara para ti el paso doble... ¿Quieres que baile...? Mira.

José enciende la radio, se escucha un paso doble, José se pone a bailar, haciendo gestos cómicos con un sombrero de copa en la mano. Marta lo mira llorando. José continua de bailar luego se detiene mira Marta que llora intensamente. José apaga la radio.

JOSÉ: Basta... Para de llorar... Parecería que el cielo fuera un desierto de arena y que se hunde todo entero, llevándose con el todo una vida, sin dejar la mas pequeña huella. Para que llorar ahora Marta, para que, lo mejor es olvidar, la tarde que ya no es y que fue...

Marta llora discretamente, casi como si se hubiera calmado.

JOSÉ: Así es mejor...

Marta deja de llorar. Los dos se quedan silenciosos.

MARTA: Sécame las lagrimas José.

José se acerca de Marta y le seca los ojos con su pañuelo.

MARTA: Que tonta que soy... Poner me a llorar así.

JOSÉ: No, no digas eso, hace bien llorar un poco. Lo importante es de saber por que uno llora.

MARTA: Ya no me mires mas me siento ridícula. Yo quisiera ser fuerte, para poder afrontarlo todo, la verdad es que soy muy frágil, siempre fui muy débil.

JOSÉ: No hables así es injusto. Tu siempre...

MARTA: Es la pura verdad. Si quieres votarme en cualquier baldío puedes hacerlo. De todas maneras tarde o temprano terminarás por no soportarme más.

JOSÉ: No puedo Marta ya te lo he dicho no puedo dejarte. Marta piensa al que partió en una balsa de algas, el viento lo dejó en la isla antigua, allí se quedó hasta que la memoria se cansó de respirar...

José se dirige a su puesto de trabajo. Marta respira profundamente, reconfortada.

MARTA: Léeme el periódico donde narran el hallazgo.

JOSÉ: Ya te conté lo que decía. Encontraron dos pedazos en el borde del canal y es todo.

MARTA: Es muy vago lo que me dices, de todas maneras nunca supiste contar las cosas. Quiero saber el por qué, cómo y tutiquanti... ¡Anda búscalo!

José resignado se pone a buscar entre los cartones, saca viejos papeles y objetos que deja en el suelo sin volverlos a poner en los cajones.

MARTA: Después te ocuparás del cartelito rosado.

JOSÉ: Si quieres...

MARTA: Claro que quiero. Todo el mundo lo hace, pone un cartelito para ofrecer sus servicios. Hoy por hoy, si uno no pone su cartelito está jodido. Hasta hay algunos que los hacen luminosos, quiero decir con foquitos que se alumbran y se apagan, para llamar la atención de la gente. Para tí un cartelito rosado con letras doradas es suficiente, me lo mostrarás antes de colocarlo, para ver si no hiciste un horror de ortografía... Los horrores de ortografía, pueden suscitar la desconfianza del cliente. En el mercado Lanza, el mismo nombre del que fusilaron en la revolución, doña Carmen vendía huevos, un día se le dio por poner un cartelito y puso: "Aquí se venden huevones", no era un error de ortografía, lo hizo a propósito, ella quería anunciar que los huevos que vendía eran particularmente grandes, entonces como le pareció un poco grosero "huevos de buen calibre" prefirió poner huevones, el resultado fue el mismo la gente ni se le acercó, se quedó con los dos canastos llenos de huevos. Todo eso a causa del cartelito. ¿Te imaginas José?

JOSÉ: Qué?

MARTA: Digo todo ese sufrimiento por causa del cartelito.

José se acerca a Marta con un periódico en la mano.

MARTA: Lo encontraste... Muéstrame quiero verlo.

José muestra la primera página del periódico.

MARTA: Nada menos que en primera plana. ¿Estás contento?

JOSÉ: Era de prever.

MARTA: ¡En primera plana! Te imaginas que diría tu tía la hemipléjica: El Joselito no era tan tonto como lo imaginábamos, sacó la primera plana de los periódicos. Y el titular! “¡MACABRO DESCUBRIMIENTO!” Eso vale más que una buena nota en química o en matemáticas.

JOSÉ: Qué tiene que ver las matemáticas y la química en todo esto.

MARTA: No me dijiste que fue a causa de eso que te echaron del colegio y que tuviste que ganarte la vida como podías?

JOSÉ: No, fue a causa de mi padre. Todo fue a causa de él o mejor dicho de su muerte repentina.

MARTA: Ah fue a causa de él...

José se instala en su silla con el periódico

MARTA: Bueno léeme el artículo que me muero de curiosidad.

JOSÉ: Bueno voy, estás lista ?

MARTA: *(Cierra los ojos)* Ahora sí.

JOSÉ: Macabro descubrimiento.

MARTA: No tan rápido, léelo más lentamente como si estuvieras degustando las palabras.

JOSÉ: *(Más lento)* Macabro descubrimiento...

MARTA: Así esta mejor sabes que tienes un hermoso timbre de voz, sobre todo cuando dices macabro. Parecería que el suelo va abrirse bajo los pies y que todo va hundirse. Tu voz es un temblor de cielo mi amor.

JOSÉ: ¿Continúo ?

MARTA: Cuando quieras.

JOSÉ: Esta madrugada advertidos por un grupo de niños, los servicios de la policía criminal, asistieron a un macabro descubrimiento, al borde del canal de la zona sur, fueron encontrados, seccionados bruscamente, el muslo y el brazo derecho del cuerpo de una persona de sexo femenino...

MARTA: Que fríos que son!

JOSÉ: *(Continua la lectura)* Al promediar las diez de la mañana de hoy, bajo un cielo primaveral, el capitán Bustamante en compañía de un grupo de policías y del doctor Torrico, medico forense, procedieron al levantamiento de una pierna y un brazo, que se encontraban en la orilla del canal. Los análisis efectuados posteriormente por el medico forense, han confirmado que los miembros pertenecen al mismo cuerpo, del cual otras partes *(brazo izquierdo, pierna izquierda, tórax, caderas, etc)*, fueron encontrados a lo largo del canal los pasados días. Interrogado por nuestro periódico, el capitán Bustamante, afirmó que sólo el hallazgo de la cabeza o de las manos permitirá de establecer la identidad de la víctima, por otra parte el medico forense declaró que el cuerpo fue seccionado con un vulgar cuchillo de mesa, lo que da a pensar a la brutalidad a la cual fue sometida la víctima, por otra parte afirmó, que el asesino después de haber descuartizado el cuerpo lo hizo coser, con la finalidad de reducir los miembros, para facilitar su transporte.

Por el momento un gran misterio se teje entorno a este macabro crimen, la policía ha procedido a un llamado de testigos, con la finalidad de establecer un retrato de un sospechoso que fue apercebido en la inmediaciones del parque Abaroa, el Sábado de la semana pasada llevando un gran saco...

MARTA: Te vieron...!

JOSÉ: No, no me vieron, estoy seguro. A la gente le gusta inventar historias para darse importancia, para poder leer su nombre en el periódico y nada más.

MARTA: Cómo puedes estar seguro, tú mismo me dijiste que transportaste todo en el

viejo saco que tienes ahí.

JOSÉ: Si, lo metí todo en ese saco, es verdad.

MARTA: Entonces, cómo puedes afirmar que no te vieron, el periódico lo dice, un tipo que arrastraba un saco.

JOSÉ: Por la simple razón que nunca metí los pies en el parque del que hablan.

MARTA: ¿Estás seguro de lo que dices ?

JOSÉ: Claro que sí, nunca metí los pies en esa parte de la ciudad, que voy a ir hacer por allá.. Te lo repito, puedes estar tranquila. En estos momentos, las oficinas de la policía deben estar llenas de gente, que creen haberme visto, anda saber como será el retrato.

MARTA: Bueno te creo. Termina de leerme el artículo.

JOSÉ: *(Retoma la lectura)* La policía espera dilucidar prontamente, este crimen que ha dejado en una profunda consternación, la población de la zona sud.

José cierra el periódico y lo dobla.

MARTA: ¿Es todo ?

JOSÉ: Si... Bueno dejan un número de teléfono para que la gente llame, en caso de que puedan dar algún indicio.

MARTA: Profunda consternación. ¡Ay! Joselito, quien habría creído eso de ti. Dejar todo el mundo con la boca abierta, y en una profunda consternación. ¿Lo hiciste a propósito?

JOSÉ: Ya te dije que los enterré...

MARTA: No muy profundo al parecer...

JOSÉ: Hubiera preferido que nadie se enterara.

MARTA; Es lo que piensas ahora. Siempre uno esta decepcionado por la realidad, sabes, es por eso que uno sueña. Hasta las pesadillas son más excitantes que la realidad. Basta con abrir los ojos y contemplar este paisaje desolado y siniestro que se

ve desde esta esquina.

José enciende un fósforo para quemar el periódico.

MARTA: ¿Qué vas hacer?!

JOSÉ: Quemarlo, qué quieres que haga...

MARTA: Pero te has vuelto loco. Hay que guardarlo, cómo se te ocurre quemarlo, es lo único que nos queda, te imaginas si un día llegabas a ser médico y botas tu título...

JOSÉ: Yo nunca quise ser mata-vivos.

MARTA: Ya se pero es un ejemplo y nada más, me refiero a que es tu diploma de afilador de cuchillos. Bueno les falta tu nombre pero qué importa tu y yo sabemos de quién se trata y es lo que cuenta. Guárdalo entre tus cachivaches.

José mete el periódico doblado en un cajón de cartón.

MARTA: ¡Ayyayay! de ti, si encuentran las manos. Me dirás qué hiciste con ellas... Sólo a mí en secreto...

JOSÉ: No me jodas Marta, por favor.

MARTA: Ya te animarás a confesarte uno de estos días... Dame un poco más de té.

José sirve un vaso de té, se acerca de Marta y lleva el vaso a sus labios.

MARTA: Deben terminar enfermos todos esos periodistas que escriben esos horrores. Dame más té.

José aproxima nuevamente el vaso a los labios de Marta.

MARTA: Ya basta! Ahora vete, prefiero no verte.

JOSÉ Quieres que te ponga la caja.

MARTA: Quieres volverme loca o qué... Ya anda, a afilar tus cuchillos.

JOSÉ: Y el cartelito.

MARTA: Qué cartelito...! De todas maneras por aquí no pasa ni un muerto... Si te hubieras puesto en la avenida del Prado sería diferente.

José agita su cabeza y luego va a afilar un cuchillo. Se escucha el ruido del afilar.

MARTA: (*Pensativa*) ¡Qué boluda es la gente!

JOSÉ: Por qué dices eso?

MARTA: Porque es la pura verdad. La gente es boluda y pretenciosa, mira cómo dejaron el arbolito, el de la casa allí al frente.

JOSÉ: (*Buscando con la mirada*). De qué arbolito hablas...

MARTA: Ese que está, ahí en el patio de la casa de dos pisos rosada, con ventanas violetas, que gusto de mierda tienen esos, lo ves.

JOSÉ: La veo, pero no veo el arbolito.

MARTA: Lógico que no lo vas a ver, lo hicieron podar en forma de enano de jardín.

JOSÉ: Ahora lo veo, que extraño...

MARTA: Cuando te digo que la gente es boluda.

JOSÉ: No está mal, es bastante ingenioso.

MARTA: José, cómo puedes decir una estupidez tan grande! Tu eres un tipo sensato. Esa gente no sabe cómo despilfarrar el tiempo de los demás, se aburren José se aburren. Antes era un lindo pino, ahora no es nada. La primera vez que lo vi me recordó, Vallegrande. No se te ha olvidado Vallegrande?

JOSÉ: No.

MARTA: (*Suspira*) Todavía siento la brisa suave y tibia de la noche, abandonada, entre los brazos de la vertiginosa tela-araña del cielo nocturno. Te recuerdas?

JOSÉ: Si lo recuerdo...

MARTA: Te emborrachaste en la noche, pero yo no te dije nada, sabía que eras feliz. Eras un río, eras aquel árbol que mira el río, su reflejo cambia el agua en cristal de

espejo. Eras el cálido reflejo del fuego que inventa nuevas palabras, para llenar los ríos de nuevos murmullos. Yo también era feliz! En medio del silencio te pusiste a cantar. ¿Como era ese valsecito que cantamos?

JOSÉ: Ya lo he olvidado.

MARTA: Canta José. Yo sé que sabes cantar, aunque todo el mundo se burle de tu tono desentonado yo sé que tú cantas lindo, agarra tu guitarra y llena mi corazón de olas fosforescentes, para que podamos alejarnos poquito a poco de esta esquina siniestra. El ayer no existe, no existe el presente, el mañana tampoco existe, el boa, boa resuena en la gorda luna que cuelga del viento... El boa, boa...

José mira con ternura Marta

MARTA: Canta José, tu voz me atravesará las piernas en una caricia cálida, tu voz penetrará en mi cuerpo y hará crecer un jardín en mi seno rojizo y tibio, allí hay colores y fuego, fiesta en fiesta, lo has olvidado, has olvidado José... ¡Canta Joselito!

JOSÉ: No se cantar Marta, no se cantar... Mi voz se quiebra cada vez que quiero cantar. Mi voz se quedó incrustada entre los crisantemos del cementerio donde abandoné a mi padre, deslumbrante de pena, me quedé mudo desde ese tiempo...

MARTA: Antes lo hacías tan bien, entre los árboles, en la mesa del comedor, apoyados en el ropero viejo, debajo de la ducha tibia, en el camino que solo tú conocías, en la siesta adormecida del parque, en la estación abandonada...

JOSÉ: Era otro tiempo, entonces no era yo.

MARTA: ¿Éramos felices José...?

JOSÉ: Si.

MARTA: (*Canta*) Dejarme cantar olas viejas,
las penas ponen coronas,
temprano la madrugada
del que la dejo en el puerto.

Dejarme cantar olas tercas,
quiero partir las tinieblas,
por elevados andamios
y encontrar tu corazón.

JOSÉ: Perdóname Marta, no sé cómo todo comenzó, quizás fue de antes que yo viniera a este mundo, quizás viene de más lejos todavía. Nada de lo que podríamos haber hecho nos hubiera salvado, de este terremoto de viejas sombras. Mis ancestros me azotan con furia la cara.

Padre por qué me dejaste con mi soledad en este inmenso paisaje, no te puedo perdonar. Es esa tumba que cae en mí y que me devorará.

Concierto maléfico, que agito mi brazo hasta que mi cuerpo se empapó de sudor y sangre... Tumbas ábranse para que yo vea, necesito ver la bestia que alimentó mis sueños, gota a gota encendió en mi el deseo de su muerte...

José apoya su cabeza sobre la rueda.

MARTA: Por qué José... ¿Por qué?

JOSÉ: No sé Marta... No sé...

MAERA: Tienes que saberlo. Sólo tú puedes saberlo. Haz un esfuerzo. Tienes que saber por qué llegaste hasta esta esquina, qué bestia sopla en el viento de tus venas. Sólo quedas tú aquí en esta horrible esquina, pregúntate por qué... ¿Ya no me querías?

JOSÉ: Claro que si crees que se puede descuartizar a alguien sin tener por ese ser un profundo amor.

MARTA: Sólo espero por ti que no te encuentren.

JOSÉ: No me agarraran.

MARTA: No estés tan seguro José, no es de buen augurio.

JOSÉ: No tienes por qué preocuparte... ¡Tú tranquila!

José se seca el sudor de su frente con su pañuelo. José se queda en imagen fija.

MARTA: Es de esa fuente, que bebió el agrio licor, que le consumió hasta el último aliento de su luz. Es allí donde respiró, arcángel glacial, la sangre. Pobre niño ahora está ciego y no puede saber con certitud, quién y cuándo apagó los destellos, dejándolo solo en su gruta. Es de ese manantial purpura y tibio que vienen los primeros llantos.

José retoma movimiento y se pone a afilar su cuchillo.

MARTA: Dame la foto...

JOSÉ: ¿Para qué?

MARTA: ¿Para que uno mira las fotos para recordar, no?

JOSÉ: Si claro, no me refería a eso... Quizá es mejor...

MARTA: Te digo que me pases la foto.

José saca una foto de un cajón la lleva a Marta y le muestra.

MARTA: Déjala aquí al lado mío...

José apoya la foto en el vaso de manera que Marta puede verla.

MARTA: Recuerdos...! Dios mío que fea que estoy, como pudiste casarte con una mujer tan fea.

JOSÉ: No es cierto, es el vestido, el color blanco no te va

MARTA: Lo que pasa es que no soy fotogénica. Hay gente que es mejor verla en foto, son verdaderos fotogénicos. Pienso en tu tío, el milico, que esta detrás de mi. Ahí en la foto parece un tipo inteligente y agradable, se acercó tanto a mi que creí que iba a agarrarme el culo, me acuerdo bien. Mira tengo la mano bien extendida, lista para darle un manotazo en la geta. Te imaginas lo que hubiera pasado, su mujer habría dicho que era yo que le movía las caderas, siempre lo defendía, como se llamaba él... ¿Víctor es así no ?

JOSÉ: Si Víctor. ¡Era un alcahuete de mierda...!

MARTA: No hables así de los difuntos, para qué enojarnos con él ahora.

JOSÉ: Tienes razón para qué...

Marta observa la foto.

MARTA: Qué mirada tienes José, cualquiera creería que ibas a la guerra del Chaco.

JOSÉ: Para mí era como eso...

MARTA: ¿Y quién era el enemigo?

JOSÉ: No sé, yo mismo quizás.

MARTA: ¿No puedo acordarme si llovía o hacía sol?

JOSÉ: Era Sábado, me desperté temprano, todavía el sol no había salido, sobre mi cama estaba mi terno gris, que mi madre planchó en la noche, me quedé sentado un buen rato antes de irme a lavar la cara. Y allí en la penumbra de la aurora me sentí profundamente culpable, de haber nacido...

José bruscamente levanta la foto y la mira con rabia.

MARTA: Déjame la foto ahí, me gusta verla... Es lo único que nos queda José, todo el resto se lo llevó en su sutil arena la corriente del huracán...

José rompe con furia la foto.

MARTA: José me haces daño. El huracán abraza la raíz de sucesivas muertes... ¡No lo ves!

José continúa rompiendo la foto, en pedacitos pequeños.

MARTA: Nunca te dejé de amar. Tenía el corazón cerrado cuando me puse ese feo vestido blanco... Te quiero José... Me escuchas, te quiero como lo más grande de este mundo. ¡Deja de martirizarme mi amor...!

José tira al suelo los pedacitos de la foto, Marta cierra los ojos. José mira el suelo con disgusto. Luego de rodillas se pone a buscar un pedazo de foto, después de haber levantado y tirado de nuevo al suelo encuentra un de los pedacitos lo mira. Echa una mirada a Marta y luego vuelve a mirar el pedazo de foto que recogió.

JOSÉ: Te llevaré conmigo siempre.

MARTA: No podrás terminará cansándote...

JOSÉ: Continuaré aunque sea gateando, continuaré.

MARTA: Te ahogará en un espejo.

JOSÉ: Evitaré los reflejos en mi camino.

MARTA: Un laberinto de corredores, desgarrados se formará en torno tuyo.

JOSÉ: No me dan miedo los desafiare.

MARTA: Tus sueños serán poblados de una turba de perros.

JOSÉ: Dejaré de dormir... No necesito soñar.

MARTA: Las flores perderán su perfume.

JOSÉ: Siempre viví alejado de ellas.

MARTA: Lloverá el resto de tus días.

JOSÉ: Me acostumbraré, uno se acostumbra a todo.

MARTA: Se apagará la culminante flama del deseo.

JOSÉ: Contigo lo tuve todo, ya estoy harto.

MARTA: Tu voz se apagara será marchita y triste.

JOSÉ: Dejaré de hablar, seré mudo... Sólo para ti diré palabras lejanas.

MARTA: El manantial se secará sólo barro en el fondo quedará.

JOSÉ: Beberé el agua del alcantarillado.

MARTA: Tus pasos serán catacumbas celestes.

JOSÉ: Me quedaré aquí, dejaré de andar.

MARTA: Te torturará el canto de los grillos.

JOSÉ: Aguantaré, mi dolor.

MARTA: Una profunda tiniebla, hundir tu rostro en la penumbra.

JOSÉ: Me arrancaré los ojos si es necesario

MARTA: No podrás José. Nadie ha llegado hasta aquí.

JOSÉ: Claro que podré Marta, déjame un poco de tiempo y nada más.

Se escucha la voz de un niño que canta.

EL NIÑO: (*Off*)

Gira, gira la rueda, gira,
gira, mientras que el
lobo no está el bosque
¿Lobo esta ahí?

Me estoy poniendo las botas

Gira, gira, la rueda gira,
gira mientras que
el lobo no está en el bosque.
¿Lobo estás ahí?

Me estoy poniendo el abrigo.

José mira entorno suyo y pone la caja sobre la cabeza de Marta. Lugo escucha el canto del niño.

EL NIÑO:

Gira, gira la rueda gira,
gira mientras que
el lobo no está en el bosque...
(*Para de cantar*)

Durante toda la escena solo se escuchara la voz del niño, no ve físicamente en ningún momento. Eventualmente se puede ver la sombra o el video del niño proyectado en el fondo del escenario.

EL NIÑO: Te acuerdas de tu calle donde jugabas. ¿Del árbol de guindas, del que te caíste?

JOSÉ: Si me acuerdo.

EL NIÑO: ¿De cuando subías al cerro, temprano en la mañana?

JOSÉ: Soplaban un viento frío, pero a pesar de todo subía y subía. Había un basural que lo contorneábamos, lleno de latas rojizas, oxidadas. De allí arriba podía ver el desierto y el mar.

EL NIÑO: ¿El mar...? No había mar.

JOSÉ: Ya lo sé, pero nos imaginábamos que del otro lado más allá de la pampa, las olas estallaban y el susurro del viento era el eco de las olas. Cerrábamos los ojos para escucharlo mejor.

EL NIÑO: El resbalín del parque detrás de tu casa.

JOSÉ: Era grande, muy grande, de un metal brillante y frío, de abajo, mientras esperaba mi turno, miraba la escalera que se perdía en el cielo, al lado estaban los columpios y la rueda de madera para girar. Las mujeres jugaban del otro lado del parque, en la parte sur, para que no nos mezcláramos seguramente. Una vez fui allí, solo para ver. Era diferente, es cierto, ellas no jugaban como nosotros, había una especie de perfume tibio, como un domingo bien soleado. No me quedé mucho tiempo, sólo unos minutos para ver cómo era del otro lado.

EL NIÑO: El hospital...

JOSÉ: Ni recordarlo, era siniestro de afuera se veían sus ventanas moribundas, se sentía el olor de cloroformo hasta del otro lado de la calle y el quejido de los enfermos, abandonados en los largos cuartos apenas iluminados. Su fachada era amarilla y pálida, de lejos lo veía y prefería, desviar mi camino, dar una gran vuelta antes de pasar, en frente de él. No hables del Hospital me queda un gusto amargo de solo pensar en él.

EL NIÑO: Entonces el lago. Donde tu padre cazaba patos y perdices.

JOSÉ: Cuando fui ya estaba seco. Era un charco de agua rodeado de barro y tierra. Sólo era hermoso en el crepúsculo, allí sí que valía la pena de verlo, la luz del sol se vislumbraba en el paisaje y por algunos momentos todo se transformaba, era otro mundo.

EL NIÑO: La piscina termal.

JOSÉ: Casi me ahogue, no sabía nadar, salté del trampolín, porque me gustó la idea

de poder hacerlo. Me quedé en el fondo, mis pulmones se llenaron de esa agua tibia y mineral, hasta que de pronto, sentí que el brazo de un hombre que me sacó de allí del fondo, me tiró de los cabellos, como se tira a un niño del vientre de su madre... Fue la primera vez que sentí la caricia de la muerte. Tuve miedo.

EL NIÑO: Sí, tuviste miedo, más que cuando te caíste del segundo piso de la casa de doña Raquel.

JOSÉ: Allí tuve miedo también, pero sobre todo de manchar mi camisa y mis pantalones azules, con la sangre.

EL NIÑO: Siempre tuviste miedo de la sangre.

JOSÉ: Háblame de otra cosa, no sé de los juegos nocturnos, o de la vez que gané al juego de ajedrez.

EL NIÑO: Hiciste trampa, de otra manera no hubieras podido ganar.

JOSÉ: Es cierto pero nadie se dio cuenta, para qué decirlo.

EL NIÑO: Tu cuarto.

JOSÉ: Era frío, una heladera, ni el sol llegaba a calentarlo. Por eso ahora odio el frío.

EL NIÑO: Odias otras cosas no solamente el frío.

JOSÉ: Es cierto, sobre todo que la gente mienta.

EL NIÑO: ¿Qué tienes en esa caja?

JOSÉ: ¿En cual caja?

EL NIÑO: La única que tienes, vamos esta allí delante de tu nariz.

JOSÉ: *(Mira la caja donde se encuentra la cabeza de Marta)* ¡Ah! La caja... Nada esta vacía.

EL NIÑO: Una caja tan grande y vacía.

JOSÉ: Si vacía, o bueno casi vacía.

EL NIÑO: Te contradices. ¿Entonces hay algo ?

JOSÉ: Te digo que no... Hay unos cuantos trapos y es todo. La tengo ahí por si acaso, necesite guardar algo, algún día.

EL NIÑO: Y que guardarías en una caja así

JOSÉ: No sé... Algo importante.

EL NIÑO: ¿Tus cuchillos ?

JOSÉ: No. Mis cuchillos, no.

EL NIÑO: A propósito y los míos.

JOSÉ: No los he terminado todavía. En este momento tengo muchas dificultades, para ponerme a trabajar.

EL NIÑO: Estás deprimido.

JOSÉ: ¡Qué deprimido! Nada estoy con un moral de la gran siete. No es eso, simplemente no los he terminado, es todo...

EL NIÑO: ¿Y cuando estarán listos mis cuchillos?

JOSÉ: ¿Y para qué tanto cuchillo?

EL NIÑO: ¡Qué pregunta! Yo creo que estas un poquitín deprimido.

JOSÉ: No hombre te digo que no, quieres que me ponga a bailar para convencerte.

EL NIÑO: ¿Bueno y para cuándo mis cuchillos...?

JOSÉ: Pronto, pronto estarán listos. Tienes que tener un poco de paciencia y nada más.

EL NIÑO: No te demores tanto, por favor.

JOSÉ: Ahora mismo me pongo a afilarlos.

José se pone a afilar una serie de cuchillos.

EL NIÑO: Qué lindas son las chispas que saltan, cuando te pones a afilar. ¿Crees que sufre?

JOSÉ: ¡Por qué quieres que sufra! Está hecho para ser afilado.

EL NIÑO: Estás seguro de lo que dices.

JOSÉ: ¡Carajo! Claro que estoy seguro.

EL NIÑO: Si no estás deprimido, estás de mal humor entonces.

JOSÉ: Y dale con eso. Te digo que estoy bien, tus cuchillos estarán listos pronto.

EL NIÑO: Bueno. No te demores mucho que ya encontraron las manos.

José para de afilar.

JOSÉ: Qué has dicho.

EL NIÑO: Que encontraron las manos, hoy por la tarde.

JOSÉ: No es posible, estas mintiendo.

EL NIÑO: Porqué te mentiría yo. Las encontraron en el canal, como todo el resto.

JOSÉ: ¡Mierda! Cómo llegaron hasta ese canal maldito.

EL NIÑO: Sólo tú puedes saberlo. Bueno me voy...

JOSÉ: Espera...

EL NIÑO: ¿Qué quieres ?

JOSÉ: No nada, mejor te vas.

EL NIÑO: ¡Adiós!

(canta)

Gira gira la rueda gira
gira mientras que el
lobo no está en el bosque

¿Lobo estás ahí?

Me estoy poniendo las botas

Gira, gira la rueda gira,
gira mientras que
el lobo no está en el bosque
¿Lobo estás ahí?...

José afila los cuchillos con prisa.

MARTA: (*Off*) ¡José...!

José continúa afilando.

MARTA: (*Fuerte*) Sácame esta caja José!! Sácame la caja...!!

José para de afilar y va a levantar la caja. José de reojo, mira a Marta.

MARTA: ¿Estás extraño. Qué te pasa ?

JOSÉ: Nada, tengo que apresurarme con esos cuchillos.

MARTA: ¿Por qué tienes las manos que tiemblan ?

JOSÉ: Debe ser el crepúsculo que comenzó a caer.

MARTA: Para mí que hay otra cosa.

JOSÉ: Te digo, que no pasa nada.

MARTA: ¿Que quería?

JOSÉ: Lo escuchaste, no.

MARTA: No muy bien, con esta caja, no escucho casi nada.

JOSÉ: Venía a buscar sus cuchillos.

MARTA: ¿Es todo?

JOSÉ: ¡Sí, qué mas quieres!

José se pone de nuevo a afilar.

MARTA: ¿Hablaste un buen rato con él. Qué te dijo ?

JOSÉ: Marta déjame en paz. Ya te respondí.

MARTA: Escuché que hablo de las manos... ¿Qué dijo ?

JOSÉ: ¡No me jodas !

MARTA: (*Gritando*) ¡Respóndeme José !!!

JOSÉ: No grites así, vas a atraer a los perros.

MARTA: ¡Que vengan! Que venga todo el mundo y que sepan lo que tienes en tu cajita cuadrada.

José para de afilar.

JOSÉ: Por favor Marta... ¿Qué quieres... ?!

MARTA: Saber José. Por qué yo, por qué tuviste que enamorarte de mí.

José no responde, mira hacia el suelo.

MARTA: Hay tantas mujeres en este mundo. Por que me escogiste a mí y no a la Claudia por ejemplo.

JOSÉ: Eras tu que me gustaba. Claudia tenía tobillos de pájaro moribundo.

MARTA: ¡Ah! Fue a causa de mis tobillos.

JOSÉ: De una parte si. Los tenias firmes y robustos, como raíces de álamo...

MARTA: ¿Que más te gustó?

JOSÉ: Tu labios. La redondez te tus hombros, el sabor arisco de tu sexo, la discreción de tu vientre, el olear de tus caderas, la blancura de nieve ardiente de tus senos, el abismo de tus piernas, el crepitar de tus cabellos, la tristeza de tus pies, los dardos

afilados de tus ojos... Todo Marta, me gustabas toda entera, como una profecía cumplida.

MARTA: ¿Por qué me dices todo eso ahora ?

JOSÉ: No me lo preguntaste nunca.

MARTA: Es cierto nunca te pregunté... Dejaba que tus manos, recorrieran mi cuerpo en silencio. Cada parte que acariciabas se quedaba muda y fría. Mi cuerpo tenía miedo de tus manos José, cada vez se enfriaba más a medida que lo tocabas.

JOSÉ: ¿Por qué no te fuiste entonces ?

MARTA: Me gustaba saber que terminarías helándome todo entera. Como una penitencia... Luego me pegaste, seguramente porque te diste cuenta que pronto sería un bloque de hielo vivo.

JOSÉ: No sabía lo que hacía.

MARTA: Claro que sabías José. Sabías muy bien lo que hacías, a pesar de mis gritos continuabas dando los golpes. Al principio creí realmente que los merecía, que era normal, que todos los hombres solo sabían golpear.

JOSÉ: No era yo Marta.

MARTA: No, ya lo sé, no eras tú, era el otro el de la noche. Es a él al que yo le tenía terror, cuando la última luz del horizonte se apagaba, yo comenzaba a temblar en un rincón de la cama, sentía el aliento agitado y enardecido del otro, poco a poco se acercaba a mí, entonces cerraba los ojos, para no mirarlo y luego cantaba en silencio la misma canción, la del patio de la escuela. Hasta que el sol de la mañana lo alejaba, como el humo de las chimeneas que suspiran hacia el cielo. Y allí me quedaba helada, preguntándome una y otra vez por qué tuviste que escogermme a mí. Que imán yo emanaba para atraerte hasta mi vientre.

José y Marta se miran un tiempo.

JOSÉ: Encontraron las manos. Ahora ya deben saber, de quién era ese cuerpo femenino. Ya deben estar buscándome. En este mismo momento deben estar interrogando a los vecinos, que seguramente les dirán que no te han visto desde hace mas de quince días.. Y que una mañana de sábado escucharon gritos, que venían del cuarto de baño.

MARTA: Han debido entrar en la casa, derrumbando de una patada la puerta y se han encontrado con ese paisaje desolado que dejaste, la tina sucia, mi ropa echa añicos, el delantal manchado en el piso, el pollo a medio comer que dejaste en el horno... José, todo, en este mismo instante ya saben todo... Te encontrarán, quizás ya están en camino...

José inquieto mira para todos lados.

MARTA: ¿Qué hay escuchas algo?

JOSE: No sé... Deben ser los perros que se despiertan, la noche ya va caer...

MARTA: ¿Estás seguro que son los perros?

JOSÉ: Cómo quieres que esté seguro. Anda a saber quizás que no. Mierda...!

José se pone a afilar.

MARTA: No te vas a poner a trabajar ahora. No crees que hay otra cosa que hacer?

JOSÉ: Tengo que terminar, le prometí que estarían listos.

MARTA: José te repito... No tardarán en llegar. Tienes que hacer algo. ¿Que será de mí...?

JOSÉ: Ya sé... No paro de pensar. Pero no veo qué podemos hacer...! Llegarán eso es seguro!

MARTA: ¡Debe haber alguna solución...! ¡José!!

José para de afilar.

JOSÉ (*Violento*) ¿QUÉ ?!!

MARTA: Dame un beso.

José inmóvil mira Marta.

MARTA: José quiero que me des un beso.

José se tapa la cara con sus manos.

MARTA: Por favor...

JOSÉ: No puedo Marta... No puedo...

MARTA: Es la última cosa que te pido José, que me des un beso. Quiero sentir una vez más tus labios. El calor de tu aliento. Hazlo por mí José. Después todo puede terminarse.

José se descubre la cara.

MARTA: El último...

José lentamente se acerca a Marta.

MARTA: No tiembles así... Es solo un beso, tantos que me diste, nadie podría contarlos, todos los que me diste.

José se para delante de Marta.

MARTA: Arrodíllate, sino será muy desagradable.

José se queda de pie inmóvil.

MARTA: Vamos, mi amor no te hagas el tonto, arrodíllate.

José se pone de rodillas.

MARTA: Así es mejor puedo mirar tus ojos...

JOSÉ: No puedo Marta...

MARTA: Cállate... Mira mis labios, te esperan... Anda dame ese beso.

José da un beso a Marta y luego llora. José continúa sollozando la cabeza agachada.

MARTA: José ya no llores. Te perdono TODO. Te perdono el día que no me viste sonreír. Te perdono todas tus caricias frías, ese fúnebre atardecer que me dejaste clavado en la memoria. El odio con el que despedazaste mi cuerpo. Te perdono todo José. TODO.

José inerte se deja caer al suelo.

MARTA: El crepúsculo ya terminó su viaje, las estrellas van a apoderarse del cielo. Qué extraño todo esto... Quien inventó la vida y para qué la inventó, el día de la noche, el calor del frío. ¿Dónde nos lleva todo esto, los siglos se terminan. A dónde va esta vertiente, empujada por el polvo del tiempo.

JOSÉ: Tengo frío...

MARTA: Si pudiera te calentaría.

JOSÉ: Es como en mi cuarto, el frío entraba por las rendijas sin piedad hasta dejarme clavado en el muro.

MARTA: Levántate.

JOSÉ: No puedo, ya no puedo más! Mis piernas ya no son mías. Tu perdón Marta...

MARTA: Te encontrarán.

JOSÉ: Dirán que soy un demente. Que sólo un demente, puede haberse quedado con la cabeza de la que descuartizó. Se preguntarán qué locura me ha conducido a cometer este horrible crimen.

MARTA: ¿Y qué les dirás ?

JOSÉ: Qué quieres que les diga Marta, la verdad.

MARTA: ¿Y cuál es tu verdad ?

JOSÉ: ¡Que ya no podía más...! De sentir el sabor de la muerte que me atravesaba la garganta hasta ahogarme, como en el fondo de la piscina termal...

Marta inquieta mira hacia todos lados.

MARTA: Ya los escucho, sus pasos suben por la calle Landaeta. José bótame al basural.

José mira con miedo Marta.

JOSÉ: Qué estas diciendo?

MARTA: Que me vayas a botar al basural... A cualquier lado, no quiero que me encuentren junto a ti. O bien quémame...

JOSÉ: ¡Cómo puedes pedirme que te queme... ! Nunca podré separarme de ti.

MARTA: Tienes que hacerlo, tienes que deshacerte de mí.. No escuchas sus pasos no están muy lejos de aquí.

JOSÉ: No puedo.

MARTA: La noche, José cayó la noche...

JOSÉ: Le prometí los cuchillos.

MARTA: Ya no volverá más. Ya hace años que sus cuchillos están listos.

JOSÉ: Marta un vértigo se abre a mis pies y allí en el fondo no hay nada

MARTA: José ya están muy cerca de aquí, alguien les dijo que te vieron errar con tu cuchillo, cantando una canción triste.

JOSÉ: Que vengan que me lleven...

MARTA: Te encerrarán en una célula oscura con tus perros, es lo que quieres?

JOSÉ: No sé lo que quiero Marta... Nunca supe lo que quería, seguramente que nació con las patas por delante. Seguramente que no nació como nacen los demás.

MARTA: Los escucho llegar están a unas cuantas cuerdas. Cerca de la tienda Saïd.

JOSÉ: Es allí donde compramos las cortinas a rayas?

MARTA: Si allí mismo.

JOSÉ: El tipo que vende es tartamudo.

MARTA: José te pido por favor, vótame en alguna parte en el fondo de un basural, donde nadie pueda verme.

José con dificultad trata de ponerse de pie, pero cae al suelo. Luego levanta el busto y mira a Marta.

JOSÉ: ¿Quién eres...? ¿Mi madre, mi mujer, mi hermana, mi hija ?

Marta cierra los ojos.

JOSÉ: Te veo desde lejos. Tu voz apenas si me toca. ¿Por qué te has puesto tan triste, quieres que baile?

MARTA: No te canses, deja que el frío relaje tu cuerpo, después te sentirás mejor

JOSÉ: Me acuerdo... Tenía un perro, se llamaba Duque, ese era su nombre. ¿No es cierto?

MARTA: Así es Hijo...

JOSÉ: ¿Qué fue de él?

MARTA: Una tarde salió a pasear y no volvió más, lloraste durante tres días, apenas si pude consolarte. En las noches te despertabas reclamándolo.

JOSÉ: Cuántos años tenía.

MARTA: Ibas por tus ocho años. Tu padre venia de dejarnos, solos en medio del caserón.

JOSÉ: Tú también estabas triste.

MARTA: Claro que sí hijo, cómo quieres que no esté triste. Tu padre me despertó a los diecisiete años y no me dejó un solo momento con aliento.

JOSÉ: No tuvimos más animales en la casa.

MARTA: Fuiste tu que prometió no tener más otro. Todo tu cariño se fue con el Duque.

JOSÉ: Madre tienes vergüenza de mi?

MARTA: Cómo quieres que tenga vergüenza de ti. Nunca hijo mío, nunca tendré vergüenza de ti.

JOSÉ: ¿Sabes lo que he hecho?

MARTA: Sí... Pero a pesar de todo no puedo avergonzarme de ti.

JOSÉ: Metiste al mundo una bestia Madre.

MARTA: No, primero fuiste niño.

JOSÉ: Llorarás mucho...

MARTA: Me acostumbraré hijo. Me he acostumbrado a tantas cosas en este mundo.

JOSÉ: Entonces seguirás queriéndome como antes?

MARTA: No como antes, uno nunca quiere como antes, siempre es diferente.

JOSÉ: Qué vas hacer?

MARTA: Nada, me encerraré en mi cuarto y bajaré las cortinas, en el fondo del ropero hay un gran álbum de fotos, pasare mi tiempo viéndolas.

JOSÉ: Perdóname Madre.

MARTA: Ya te perdonamos hijo.

JOSÉ: Un arco iris se ha formado en medio de la noche.

MARTA: Es normal así comienza todo.

JOSÉ: Madre enséñame a caminar de nuevo, toma mis pequeñas manos y arrímame hasta el pequeño mueble del salón, para que pueda dar mis primeros pasos.

MARTA: No te apresures, avanza un piecito luego el otro...

JOSÉ: Tengo vértigo, el suelo se hunde a mis pies.

MARTA: No tengas miedo Papa. Yo también tuve vértigo, cuando me enseñaste a caminar, al principio es así...

JOSÉ: Hija?!

MARTA: Si... Soy yo, todavía no tengo nombre...

JOSÉ: Como puedes hablarme hija, si solamente te soñé.

MARTA: Es suficiente papá...

JOSÉ: No entiendo.

MARTA: Todo nace en los sueños. Hijo...

José se toma la cabeza entre las manos.

JOSÉ: Ah!! Espejos de voces que corren por mis noches...

MARTA: Mírame mi amor.

José mira a Marta.

MARTA: Se terminó, tenemos que cerrar los ojos ahora. Dormiremos juntos.

JOSÉ: Vendrán.

MARTA: Y que ya no estarás aquí.

JOSÉ: Ya ni el frío lo siento.

MARTA: Te dije... No resistas, deja deslizarte en el sendero.

JOSÉ: *(Con angustia)* Los perros están aquí...! Marta los perros! Quieren irse conmigo.

MARTA: No los veas, pasarán de largo y te dejarán solo.

JOSÉ: Se han parado Marta me están mirando, fijan sus ojos encendidos delante de mi.

MARTA: Cierra los ojos.

JOSÉ: Te digo que quieren irse conmigo. Están a mi alrededor firmes, uno a uno están llegando, son una multitud...! Marta hay un millar de perros que nos rodean. No nos dejarán dormir solos.

MARTA: Sí que nos dejarán, sólo piensa en mí.

JOSÉ: Están husmeando con sus hocicos. Hay uno sobre todo, debe ser el jefe, está acercando su hocico hacia mi pierna.

MARTA: No te muevas déjalo, terminarán por irse.

JOSÉ: Tengo miedo Marta... Tengo horriblemente miedo.

MARTA: Sólo están en tu memoria, déjala dormir
(Marta se pone a cantar.)

Memoria, memoria
el niño llora;
llora la ausencia
Rueda la pena

Ay dolor, dolor.
tristeza inclemente,
ella ya no está
Llora niño, llora.

JOSÉ: Tu voz Marta, ha alejado a los perros... Se están yendo, solo queda uno, los otros ya se han alejado. El que se queda tiene los ojos de mi padre. Los otros ya se han alejado solo queda él, que no me quita de los ojos... Marta... Mi amor...

MARTA: Silencio... Duerme, ahora hay que dormir.

Marta cierra los ojos., La luz disminuye hasta la penumbra.

JOSÉ: Marta la boca del perro se abrió, es una caverna púrpura y tibia, con su lengua me está llevando. Va a tragarme Marta, iré a parar en su vientre, ya no tengo mas frío... Cerrará sus mandíbulas de gigante, como un sepulcro cálido.

Marta no te escucho ya... Dónde esta tu voz... ¡Marta...! Estoy solo, solo en esta penumbra tibia. ¿Naceré de nuevo un día ? Marta por qué no me hablas más. El perro me tragó Marta... Me tragó y tu canto no pudo nada contra él...

¡Marta...!!! ¡Estoy solo...!!! ¡SOLO...!!!

TELON

(Paris, Noviembre 2000)